

ARENA DE LUNA

Verónica miraba a través del ventanal de su recámara, a la hermosa luna llena que iluminaba su habitación, tanto, como si tuviera encendida la lámpara que colgaba del techo. Un rayo plateado la bañaba cubriéndola de los pies a la cabeza, haciendo que su camión y las sábanas se fundieran en esa luz blanquecina. Sus pupilas palpitaban con el resplandor y sentía el torrente de sus venas correr y llegar hasta su corazón, agitándola, estremeciéndola, llevándola al éxtasis.

La joven trigueña se miraba reflejada en la luna y a su vez, la luna se miraba en esos ojos grandes, azules como el océano. Ambas envidiaban su color. La chica deseaba la blancura de la luna en su piel y ésta el azul de sus ojos profundos y enigmáticos, como el mar. Verónica creyó perderse en aquella gran esfera plateada con tintes rojizos, como si se fusionaran y se sumergió en lo intrincado de sus sueños.

¡De pronto! se miró corriendo por las calles de la ciudad, descalza. Su pelo marrón se agitaba caprichoso con el viento calido de la noche, al igual que el delgado velo de su pijama. Se detuvo desorientada. Levantó la vista al cielo y percibió un calorcito que le subía por todo el cuerpo, la luna llena la bañaba de plata. Suspiró y camino por rumbos escabrosos, dejó atrás la ciudad y se perdió en un bosque terroso y con árboles fantasmagóricos. Sin embargo, no le dio miedo, era como si perteneciera a ese mundo de sombras. Llegó hasta el acantilado y miró hacia abajo. Las aguas se revolvían furiosas, formando un gran remolino. Extendió sus brazos y las mangas anchas de su camión revolotearon, con el aire, que la lanzó al vacío. Por un momento, al ir cayendo, se aletargaba ¡y de repente! se miró volando sobre el bosque, sonreía, sentía el viento en su cara, acariciando su cuerpo. Regresó a la ciudad, pasó la lengua rosada sobre sus labios reseca y la ansiedad se apoderó de ella. Se dirigió hacia el balcón en un edificio de doce pisos; observó la ventana abierta y con pasos felinos entró. La alcoba estaba vacía, oscura. Advirtió una luz a través de la puerta entre abierta y se dirigió a ella. Miró a una señora regordeta de espaldas y su cuello ancho llamó su atención. Sin saber de donde lo tomó, miró el filo de un cuchillo en su mano, que brillaba a la luz de la luna, incitándola. Se acercó a la mujer y tomándola por detrás cercenó su

garganta aferrándose al torrente sanguíneo del que brotaba el líquido rojo, aún caliente, y bebió. ¡Un grito ladino que hirió sus oídos la distrajo! La pequeña niña la miraba horrorizada, intento huir, pero Verónica se abalanzó sobre ella, dejando caer el cuerpo inerte de la dama ¡y de un tajo la degolló! Bebió con delicia del inocente cuello hasta saciar su sed. Al levantar sus ojos inyectados, miró frente a ella a un muchacho adolescente, que aterrado la amenazaba con un bat. El jovencito se le fue encima, ¡atacándola! Ella lanzó un chillido agudo al tiempo que detenía el bat con ambas manos y con descomunal fuerza lo arrojó por el ventanal de la sala. El cuerpo del jovencito se estrelló contra los cristales rompiéndolos estruendosamente y cayó al vacío. Verónica estalló a carcajadas, miró en lo alto a la luna que parecía sonreírle y lamió lo dulce de sus labios encarnados.

Verónica despertó al sentir la luz de la luna sobre su cara. Recordó que cada noche de luna llena tenía pesadillas, pero aquel sueño fue diferente, no sentía miedo como otras veces en que despertaba temblando. Por el contrario, sentía un placer extraño. Se estiró caprichosa sobre el lecho y quedó con la mirada fija en la luna, paso su lengua sobre sus labios y saboreo lo dulce de aquel líquido. Con el dorso de su mano limpio aquello pegajoso sobre su mejilla y al retirarla la mancha roja la obligo a mirar con horror su mano tinta. Brincó de la cama y los recuerdos del sueño golpearon su mente. Miró la puerta de su recamara entre abierta y avanzó lentamente, sudaba, temía a lo que encontraría del otro lado. Empujó la puerta de madera con su pie descalzo, lleno de arcilla y lo que miró la hizo lanzar un grito que ahogo mordiendo su mano. Sobre el piso junto a la mesita del teléfono, estaba su madre, con un tajo en el cuello. Su febril mirada tropezó con otro pequeño cuerpo, su hermanita Rosy estaba de bruces toda ensangrentada y junto a ella el cuchillo teñido en sangre. ¡Los recuerdos de su sueño la golpeaban sin piedad! Corrió hacia el ventanal destrozado y miró hacia abajo. ¡Ahí estaba el cuerpo inerte de su hermano! rodeado de patrullas y ambulancias. Con horror retrocedió hasta su habitación, sintió a sus espaldas la influencia de la luna y se volvió para mirarla con horror. Igual que un latigazo en la cara, los recuerdos vinieron a su mente y recordó la tarde anterior, cuando su novio le diera aquel polvo blanco, que deposito en su mano morena— “¡míralo!”—Le dijo suave, cautivador—“mira como brilla al caer en tu mano ¡es arena de luna!, polvo que baja

en su rayo luminoso y se fragmenta en tu mano. Cuando lo absorbes, te pierdes en su resplandor y vuelas, ¡vuelas muy alto! Hasta casi tocar la luna con tu mano, anda ¡prueba! ¡Se siente genial!”—

Aterrada miró en el piso, junto a la cama, la pequeña bolsita con residuos del polvo que brillaba a la luz de la luna y lanzando un chillido echó a correr hacia la ventana del balcón que agitaba sus cortinas de gasa y extendiendo sus brazos se lanzó al vacío, cayendo en picada hacia la eternidad, fragmentándose, convirtiéndose en polvo de luna.

ORIGINAL DE: ANUBIS